Años del mundo. un capítulo, por el cual *los atenienses quedaban comprometidos á no tener otro gobierno que el que les dictara Esparta*; y Esparta, cuyo primer general era entón- Años ántes de J. C.
ces Lisandro, abusando cruelmente de su situacion, desmanteló Atenas y estableció en ella un gobierno compuesto de treinta Oligarcas, con autoridad de vidas y haciendas; treinta tiranos, que secundando las miras de Lisandro, tan vil como ellos, desterraban con frecuencia unos ciudadanos y condenaban á otros á muerte. El jefe de los treinta tiranos fué Critias, discípulo de Sócrates, y á tal extremo llegaron los abusos que Esparta cometió sobre Atenas, que debía esperarse un pronto rompimiento. Con efecto, Trasíbulo, denodado ateniense que se hallaba sufriendo los rigores del destierro, se puso al frente de sesenta compañeros tan arrojados como él; se apoderó del puerto de Pilos, entre la Beocia y Atica, y reuniendo allí los demás descontentos, dió el grito de independencia. Lisandro marchó contra ellos; pero Pausanias, rey de Esparta, cansado
3601 sin duda de este general, celebró con Trasíbulo un tra- 403
tado, por el que se devolvió á Atenas la libertad.

56. Sócrates.—Atenas recobró su libertad; pero con su libertad no recobró sus antiguas costumbres: prueba de ello es el eminente filósofo Sócrates, que respetado aún por los treinta tiranos,
3604 murió víctima del pueblo, que le condenó á beber la cicuta.—Hijo 400
Sócrates de un escultor y de una partera de Atenas, se distinguió en sus primeros años sirviendo á su pátria con denuedo. En la batalla de Potidea libró la vida á Alcibiades, y en la de Delio se cargó al hombro al herido Jenofonte, y atravesando las falanges contrarias, lo puso en salvo.—Despues se entregó al estudio, y llegó á saber cuanto en aquellos tiempos saberse podía.—Tenía ideas sublimes acerca de la Divinidad y de la inmortalidad del alma; y revestido de la más admirable sencillez, explicaba sus doctrinas en las plazas, en los campos, en los talleres de los artesanos, enseñando máximas eminentes de moral. El pueblo le seguía, pero los sofistas, filósofos pedantes y necios, que pretendían saberlo todo y explicarlo todo, y que para ello se rodeaban de ridículo y pomposo aparato, declararon á Sócrates una guerra sangrienta, en la que no cesaron hasta que lograron arrestarlo.—Sócrates se negó á defenderse de las acusaciones que se le hacían; y habiéndose procedido, segun costumbre, á la votacion de sentencia, de quinientos cincuenta y seis votos que tomaron parte, resultó condenado por una mayoría de tres.—Sócrates ofrece al mundo el primer ejemplo de un sábio, que muere por defender sus ideas.